

En perspectiva

Entre ellos estará la «bisagra»

Habra más. Quizá no estén aquí todos los que son, pero es casi seguro que son todos los que están. Los socialdemócratas ordoñistas, la Fundación —o el bloque— de Tamames y los liberales de Garrigues, más o menos por este orden, miran hacia un horizonte político con «bisagras». Nosotros no decimos ni que sí ni que no, sino todo lo contrario. Nos limitamos a dar cuenta de su situación, de sus posibilidades y de sus presuntos propósitos. Que son éstos.

Ordóñez: Socialdemócratas entre diestra y siniestra

De momento, Francisco Fernández Ordóñez ha conseguido situarse el primero en la línea de salida de la todavía nonata **operación bisagra**. Aunque sobre el madrugar, bien se sabe, existe división de opiniones en la sabiduría popular y hay refranes contrapuestos.

Con notable capacidad previsor, Ordóñez y los suyos fundaron Acción Democrática horas antes —o después— de abandonar la UCD. Y a partir de ese instante se aprestaron a la reconstrucción de una fuerza política socialdemócrata que ellos, en la búsqueda de una marca políticamente diferenciada y al mismo tiempo abierta, prefieren que se llame **centro radical**.

La no pequeña «tragedia» con que se encuentra el grupo ordoñista es que ha dejado una larga estela de socialdemócratas que prefieren seguir cobijados bajo el techo centrista, al menos mientras se aclare este confuso y encapotado horizonte.

Pero —y la tragedia puede tener dos partes—, por el otro flanco, en el PSOE también menudean los socialdemócratas, que, además, cada día están más cómodos en su partido. Y, por si fuera poco, los programas centrista y socialista se entrecruzan en los polos de la socialdemocracia.

Sin embargo, Ordóñez piensa, y así lo ha dejado escrito, que «entre Felipe González y Calvo-Sotelo existe un espacio político», y lo especifica como «una alternativa de cambio, renovadora, laica, independiente y crítica». En otras palabras, el dirigente socialdemócrata pretende convocar «a aquellos españoles que desde una opción no socialista estén dispuestos a impulsar un programa de transformación real del país».

Pero, aun suponiendo que este espacio ideológico exista —y hay que suponerlo porque, además de las expectativas ordoñistas, hay un cierto **tono social** que parece predecirlo—, hasta convertirlo en espacio electoral deberá recorrer un largo y abrupto trecho. En primer lugar, Ordóñez necesitará —casi huelga decirlo— un respaldo económico con un largo etcétera de cifras. Según dicen sus enemigos, el hecho de que haya decidido desembarcar de la UCD significa en este hombre, que describen calculador y receloso, que el apoyo financiero lo tiene más que cuajado. Necesita también, y quizá sobre todo, construir una infraestructura sólida, homogénea y valiosa en todos los confines del Estado. Y en ello está.

Por ahora, Ordóñez cuenta con veinte parlamentarios, algunos de notable valía, y las plataformas que puede organizar en las distintas provincias sobre los restos de este desgajamiento. No parece que esto sea suficiente para sostener la gran opción electoral que él pretende. Tendrá que utilizar mucha

aplicación y habilidad para conseguir articular otras familias socialdemócratas a las que los sucesivos descalabros electorales han dejado en un estado letárgico, al borde de la extinción o totalmente extinguidas (Federación Socialdemócrata, que fuera de Lasuen; Social-Democracia, PSDE...). Y, sobre todo, tendrá que rebuscar otras afinidades en las sensibilidades liberales o en la burguesía ilustrada de la Fundación.

Para ello cuenta con un activo político indudable y muy atractivo para algunos sectores. Y un cierto pasivo que le granjeará el rechazo de algunos otros. Por ahora, está el primero.

Los liberales: Como vuelve la cigüeña al campanario

Algunos dicen que la ideología liberal es aquí ancha y poderosa, pero está desperdiciada en el desencanto que nos invade; o subsumida en los múltiples aparatos del Poder. Algunos otros apostillan que «lo liberal», aparte de una palabra maltrecha, es sólo un talante del que no andamos precisamente sobrados las recias gentes —todo un carácter— de estos parámetros.

Todos coinciden, sin embargo, en que las fuerzas liberales jugaron un airoso papel progresista en el siglo XIX y primera parte del XX hasta hundirse —o perecer— en el largo sueño de la dictadura franquista. Las alegrías predemocráticas del 1976 nos trajeron una cierta floración de ramas liberales. La más tupida la encabezaba el malogrado Joaquín Garrigues Walker (Federación de Partidos Demócratas y Liberales), quien, junto con el PDP de Camuñas, se acogió antes de los comicios a la opción centrista de Suárez y se colocó en la antesala del Poder. Pero había otras muchas tentativas disputándose el pan, el nombre y la sal.

Sólo los liberales de UCD parecían estar llamados, bajo la espesa sombra de Joaquín Garrigues, a un futuro prometedor. Pero la temprana desaparición del líder les dejó literalmente huérfanos y, lo que es peor, desconcertados. Los Fontán, Merigo, López Jiménez, Soledad Becerril, perdieron muchos puntos en la rueda de la fortuna centrista.

Y fue entonces cuando subió a la escena Antonio Garrigues Walker. Lleva meses rastreando y rastrillando la geografía política, haciendo montoncitos de clubs liberales en las principales ciudades. Ha constituido ya 16 y piensa organizar otros 18 antes que de que termine el año. Sus correligionarios centristas se han unido a él sin reservas.

Sus partidarios, que ya son bastantes, ven en él un nuevo adalid para la causa emprendida por su hermano, y aseguran, con palabras de Machado, que con los clubs «vendrán los liberales como torna la cigüeña al campanario». Sus adversarios —que le han crecido cuando menos al mismo ritmo que sus partidarios— piensan, por el contrario, que Antonio Garrigues no representa ni con mucho la tradición liberal progresista española. Su liberalismo es, sobre todo, «americano», fundamentalmente económico —libre mercado— y, por tanto, conservador. La otra cara del liberalismo (defensa a ultranza de derechos y libertades, progreso social) es secundaria en sus planteamientos, dicen.

Pero lo cierto es que Garrigues ha entrado en la política con mucho tiento: echando cimientos y con las espaldas bien guardadas por una infraestructura consistente. La operación, aun sin desvelarse, aparece casi diáfana: primero consolidar las bases, luego hacerse valer, en una presumible coalición de centro. A ser posible, y en igualdad de condiciones, con UCD. Y si esto no es posible —ahora no es, al menos, probable— para eso está el **espacio bisagra**.

□ La Fundación: El discreto encanto de la burguesía ilustrada

La Fundación para el Progreso y la Democracia es, hoy por hoy, sencillamente una espectacular nómina de VIPS con el discreto y lejano encanto de la burguesía ilustrada. Nada menos que 32 catedráticos de Universidad —cinco rectores, dos vicerrectores y tres decanos— se alinean entre sus promotores. Y junto a ellos hay más de un centenar y medio de personalidades situadas en los más altos niveles profesionales de este país. Lo más granado de la moderna ilustración española: una muestra de lujo de la burguesía intelectual, difícilmente encajable en los angostos esquemas y cerrados intereses del partidismo de la transición.

La Fundación está presidida por el empresario Jesús de Polanco, y entre sus vicepresidentes figuran varios relevantes «ex»: Ramón Tamames, ex PCE; Luis González Seara, ex UCD; Paquita Sauquillo, ex ORT. Profesores, abogados, economistas, arquitectos, pintores forman la urdimbre de una asociación que se define, por el momento, como una plataforma social sin más. Aquí hay gentes notables políticamente inéditas, pero también restos de sonados naufragios izquierdistas.

El conglomerado es un algo variopinto ideológicamente, aunque con una notoria vocación de centro-izquierda, y reivindica dos señales específicas que se han dado en etiquetar con palabras llamativas: regeneracionismo y radicalismo. El primero de estos marchamos aparece significado en los principios fundacionales: El objetivo de la asociación es «contribuir a un rearme cívico que actúe de factor innovador y crítico» para regenerar la sociedad española y el afianzamiento de una auténtica democracia, ahora amenazada. El radicalismo es, sobre todo, una apreciación de los analistas políticos y viene a señalar una defensa enérgica y prioritaria de los derechos y libertades de los ciudadanos.

Estos dos principios son, por ahora y sintetizando, el eje sucinto sobre el cual se aglutina un surtido de pelajes ideológicos netamente diversos, pero no por ello adversos. Y estos son los principios en torno a los que, a juicio de los más voluntariosos de sus miembros, podría tejerse sin dificultad un programa mínimo en el caso de que la Fundación —o un bloque importante de ella— se decida a dar el breve paso que la separa de una fuerza electoral. En resumidas cuentas, piensan los convencidos, con mimbres casi idénticos se hizo el cesto del Partido radical italiano y su fórmula ha resultado poco menos que arrolladora.

Pero una opción electoral requiere un aparato por mínimo que éste sea una sólida financiación y, en fin, una cierta disciplina. Y en la Fundación tendrá que actuar una poderosa criba. Porque en ellas hay militantes de UCD —como Matías Cortés y Terceiro—, gentes de un invento parejo, pero, por ahora, diferenciado de la Fundación —Acción Democrática—, como Carmela García Moreno y González Seara. Y hasta gente del PCE. Los mimbres puede que los tengan. Pero les falta querer y poder fabricar el cesto. Nada fácil.